

## **Título: “UN SACRIFICIO PERFECTO”.**

iS.J.A.!

**Lectura:** HE. 9:27 AL 10:25.

El presente escrito es un resumen de la literatura citada al pie de la presente nota y algunas apreciaciones personales.

### **INTRODUCCIÓN:**

De todas las religiones más populares del mundo (hinduismo, musulmanismo, budismo, judaísmo, confucionismo) la fe cristiana es privativa de no tener que hacer sacrificios para llegar a estar en comunión con Dios el Padre.

Todas las religiones exigen una serie de ritos y procesos de purificación para lograr un nivel espiritual superior en donde la intervención de Dios queda relegado solamente a un mero espectador.

La Palabra de Dios justamente nos habla de un Dios eterno que ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido, su creación más valiosa, el hombre.

Continuando con el tema del nuevo sacerdocio, del nuevo sacrificio y del nuevo santuario, el autor sagrado de Hebreos, «destaca el *ministerio* del sumo sacerdote en el *verdadero tabernáculo* y el *sacrificio de Jesucristo como siervo*. Compara, pues, la eficacia del único sacrificio de Cristo con la total insuficiencia de los repetidos sacrificios del Antiguo Testamento (vv. 1–18).(1)

### **Versículos 9:27 y 28:**

Existe cierta conexión entre los dos versículos 27 y 28. La idea es la siguiente: Así como los hombres mueren una sola vez y, tras de la muerte, sólo les queda comparecer ante el Juicio de Dios, así también Cristo Jesús murió una sola vez por todos (2a. Co. 5:14) y, *habiendo condenado al pecado en su carne (Ro. 8:3b)*, sólo le queda «*su gloriosa manifestación para sacar a luz una salvación perfecta a favor de todos aquellos que le esperan*»...

La muerte a la que aquí se refiere el autor sagrado es la definitiva, tras de la cual hay una resurrección definitiva para vida o muerte eternas. Bien puede, pues, decirse que los hombres mueren *una sola vez*. Esto es muy solemne, y basta este versículo para refutar la doctrina hindú y platonico-gnóstica de sucesivas reencarnaciones...

*Es en esta única vida donde nos jugamos nuestro destino eterno, y ello nos debe hacer reflexionar profundamente y estimularnos a volvernos cuanto antes al Señor; aunque sea en sentido acomodaticio, bien podemos cada uno aplicarnos aquello de Amós 4:12: «preparate para venir al encuentro de tu Dios»...*

Lo de que «se aparecerá aparte del pecado» significa que, en su Segunda Venida, Jesucristo no tendrá que hacer nada con respecto al pecado, puesto que todo lo que tiene que ver con el pecado fue definitivamente tratado en la Cruz del Calvario, donde Cristo fue hecho pecado (2 Co. 5:21). Fue entonces cuando estuvo *cargado con la iniquidad de todos* (Is. 53:6b). No le queda, pues, ninguna otra iniquidad con que cargar ...

Finalmente, el vocablo «salvación» significa aquí, de acuerdo con el contexto, la fase final del proceso de la salvación, esto es, la glorificación. Recuérdese que el vocablo «salvación» tiene tres sentidos, conforme a los tres aspectos del *pecado* del que somos salvos: A la culpa del pecado corresponde el primer aspecto de la salvación que es la *justificación*; al *poder* del pecado corresponde el segundo aspecto de la salvación que es la *santificación*; y a la *presencia* del pecado corresponde el tercer aspecto de la salvación que es la *glorificación*. De este último aspecto de salvación es del que se trata aquí...

### **Versículos 1 al 18:**

Esta sección puede dividirse en cuatro partes: 1) insuficiencia de los antiguos sacrificios (vv. 1-4); 2) suficiencia del Sacrificio de Jesucristo (vv. 5-10); 3) finalidad del Sacrificio de Cristo Jesús (vv. 11-14); 4) el Nuevo Pacto implica el perdón de los pecados, por lo que sobra toda otra ofrenda por el pecado (vv. 15-18).(1)

La Ley era sólo la sombra de los bienes que habían de venir. Señalaba adelante a la Persona y a la obra de Jesucristo, pero era una pobre sustitución de la realidad. Preferir la Ley a Cristo es como preferir una fotografía a la persona representada por ella...

Los israelitas nunca gozaron de la conciencia de haber sido limpiados para siempre de la culpa del pecado. Nunca habían gozado de un total reposo de la conciencia...

En lugar de pacificar la conciencia, el sistema levítico la despertaba constantemente cada año. Detrás del hermoso ritual del Día de la Expiación se agazapaba el recordatorio anual de que los pecados sólo estaban siendo cubiertos, no quitados.(2)

El argumento de los versículos 1-4 es el siguiente: La Ley sólo contiene sombras, no realidades. Por eso, los sacrificios prescritos por la Ley no pueden llegar a la realidad del pecado para borrarla, pues su eficacia se basa en otra sombra, que es la sangre de animales...

El autor sagrado no dice que la Ley *era* una sombra, sino que *tenía* una sombra, con lo cual se muestra que (a) la Ley, considerada en su totalidad, no era *tipo*; (b) que lo que de *típico* contenía, sólo *imperfectamente* era típico. Sólo la propia Escritura puede decirnos lo que allí había de *tipo* y lo que era mera *sombra*...

En efecto, lo que de huido e inestable tenía la Ley en sus sacrificios (muchos), sus sacerdotes (muchos), su eficacia real (nula), hacía que la comparación entre *tipo* y *antitipo* no pudiese aplicársele con relación al sacrificio de Cristo (el de Isaac sí fue verdadero tipo). Sólo eran *sombra*, no *imagen sólida*. Por eso, «los que se acercan» (es decir, a rendir culto a Dios) *no podían ser perfeccionados* (v. 1b), no sólo como pecadores necesitados de perdón, sino ni siquiera como adoradores necesitados de aceptación...

El hecho mismo de su repetición les decía que eran insuficientes para quitar los pecados, «*de poder hacerlo, ¿no habrían cesado ya de ser ofrecidos?*» (esta lectura de la NVI es la más probable, a la vista del original)...

Ese «*anual recordatorio*» de los pecados (v. 3) era la prueba palpable de que la sangre de los animales sacrificados no puede quitar los pecados (v. 4). Dice Trenchard: «Es interesante comparar la frase del versículo 3—“en estos sacrificios ... se hace recordación de los pecados”, (Vers. H.A.)—con las palabras del Maestro al instituir la cena memorial: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt. 26:28). “... Haced esto en memoria de mí” (Lc. 22:19). Este contraste pone de relieve de una forma dramática la gran diferencia en el valor de los sacrificios, pues bajo el antiguo pacto *servían para traer a la memoria los pecados*, mientras que, tras la perfecta remisión de éstos por el

derramamiento de la sangre de Cristo, el recuerdo de los adoradores limpiados se fija, no ya en los delitos expiados, sino en la persona de la Víctima»...

La cita de los versículos 5–7 está tomada del Salmo 40:6–8 conforme a la versión de los LXX. La diferencia más notable, que ya explicamos en el comentario a dicho salmo, es la del versículo 5c: «Pero me preparaste un cuerpo», mientras que en Salmos 40:6 dice: «Has horadado mis orejas». Baste decir ahora que la sustancia es la misma, pues por el oído entra el mandamiento, y con el cuerpo se cumple; en ambos casos se pone de relieve la voluntariedad de la obediencia, al tener en cuenta, además, que en hebreo *oír* y *obedecer* son el mismo verbo.(1)

Citando del Salmo 40, Él observa la insatisfacción de Dios con los sacrificios y ofrendas del Viejo Pacto. Dios mismo había instituido esos sacrificios, pero nunca los consideró como su intención última. Nunca tuvieron el propósito de quitar los pecados, sino que estaban dispuestos para señalar más allá, al Cordero de Dios que quitaría el pecado del mundo. ¿Podría Dios complacerse en ríos de sangre animal o con montones de cadáveres de animales?...

Otra razón para la insatisfacción de Dios es que el pueblo creía que le agradaban celebrando aquellas ceremonias aunque sus vidas interiores eran pecaminosas y corrompidas. Muchos de ellos llevaban a cabo la rutina de los sacrificios sin arrepentimiento ni contrición. Pensaban que Dios podía ser aplacado con sus sacrificios animales, mientras que Él quería el sacrificio de un corazón contrito. ¡No eran conscientes de que Dios no es ritualista!...

Insatisfechos con los anteriores sacrificios, Dios preparó un cuerpo humano para Su Hijo que formó parte integral de Su vida y naturaleza humana. Esto, naturalmente, se refiere a la insondable maravilla de la Encarnación, cuando el Verbo eterno se hizo carne para, como Hombre, poder morir por los hombres...

Prosiguiendo la cita del Salmo 40, el Mesías repite que Dios no se complacía en holocaustos y expiaciones por el pecado. Los animales eran víctimas involuntarias cuya sangre era impotente para limpiar. Tampoco representaban el deseo final de Dios. Eran tipos y sombras que anticipaban el sacrificio de Cristo. Y eran impotentes como un fin propio.(2)

En los versículos 8 y 9, el autor sagrado hace ver que el desagrado de Dios con respecto a los sacrificios del antiguo régimen (vv. 5, 6) da a entender el propósito divino de sustituirlos por algo que de veras le había de agradar: la obediencia perfecta de Su Siervo hasta la muerte. Por lo cual, el establecimiento del Nuevo Pacto, sobre la aceptación del derramamiento de la sangre de Cristo Jesús («lo segundo», en el v. 9, al final; «Segundo», en el tiempo no en calidad), significaba la abrogación automática de «lo primero» (el Antiguo Pacto, con las normas y sacrificios de la Ley)...

El primer detalle digno de especial atención es el contraste entre el «*asiste de pie*» del versículo 11 y el «*se sentó*» (aoristo, de una vez por todas) del v. 12. Esto tiene una relevancia extraordinaria, pues muestra claramente que el sacrificio de Cristo ha terminado para siempre y no puede volver a repetirse. En efecto, cada sacerdote permanecía de pie mientras ofrecía el sacrificio. Sólo podía sentarse cuando, terminado el sacrificio, volvía a su habitación ordinaria...

Por tanto, el hecho de haberse sentado Cristo significa que su función sacrificial se acabó. Cristo no vuelve ya más a ofrecerse ni con sus propias manos ni por manos de los sacerdotes, según sostiene erróneamente la Iglesia de Roma. Es cierto que siempre está vivo (comp. con Ap. 1:18; 5:6) para interceder por nosotros (7:25), pero lo hace sentado, como un rey; no como quien ruega, sino como quien manda...

Por eso, los sacerdotes del antiguo régimen tenían que estar (v. 11) *día tras día ... una y otra vez ofreciendo los mismos sacrificios, ya que nunca podían borrar los pecados*. El verbo para

*borrar es "perieleín", quitar en derredor, «como si el hombre estuviera en su contorno totalmente cubierto de iniquidad»...*

La espera de que habla el versículo 13 no es ansiosa, sino tranquila, pues es solamente cuestión de tiempo. La victoria definitiva de Jesucristo sobre sus enemigos fue llevada a cabo en la Cruz (Col. 2:14, 15); sólo queda, conforme a Sal. 110:1; 1a. Co. 15:25, que los derrotados enemigos vayan sometiéndose, de grado o por fuerza, hasta *ser puestos por escabel de sus pies...*

*Nótese, una vez más, ese «y sus pecados y sus iniquidades no los recordaré ya jamás» (v. 17, NVI, siguiendo el orden que los vocablos guardan en el original). Este futuro, como hace notar Bartina, «acentúa la realidad del perdón divino. Dios de tal manera perdona, que no vuelve a reprochar el pecado cometido. Lo olvida. No quiere acordarse más de él, hablando a la manera humana»...*

### **Versículos 19 al 25:**

El autor sagrado, apoyado en todo lo que acaba de decir, exhorta ahora a los lectores, como lo hizo en 4:14-16, a entrar con entera libertad en el Lugar Santísimo hasta el trono de Dios. Resume primero (vv. 19-21) los factores que confluyen para darnos tal libertad. Hace la exhortación propiamente dicha a acercarnos allá (v. 22). Exhorta finalmente a la perseverancia, al amor mutuo y a la mutua exhortación congregacional (vv. 23-25)...

La «*plena seguridad de fe*» equivale a una «*creencia completa y segura*», propia de un *corazón verdadero* (gr. *alethinés*), esto es, *leal, sincero*. Así, pues, *la fe* de que habla aquí el autor sagrado no es la fe mediante la que somos salvos (Ef. 2:8), sino la firme creencia en la realidad y eficacia del sacrificio de Cristo Jesús. Dice J. Owen: «La plena seguridad de fe se refiere aquí no a la seguridad que uno tenga de su propia salvación, ni a grado alguno de tal seguridad; es solamente la plena satisfacción de nuestra alma y de nuestra conciencia en la realidad y eficacia del sacerdocio de Jesucristo para darnos aceptación para con Dios, en oposición a todos los demás métodos y medios».(1)

Para que pudiésemos tener entrada ante la presencia de Dios, el velo había de ser rasgado, es decir, Su cuerpo había de ser quebrantado en la muerte. Esto nos recuerda que no podemos acercarnos mediante la vida sin pecado de Cristo Jesús, sino sólo por Su muerte vicaria. Sólo podemos entrar por las heridas de muerte del Cordero. Cada vez que acudimos a la presencia de Dios en oración o adoración, recordamos que el privilegio fue adquirido para nosotros con un coste inmenso...

Acerquémonos (v.22). Este es el privilegio del creyente, un privilegio adquirido a precio de sangre. ¡Cuán maravilloso más allá de todas las palabras es que seamos invitados a una audiencia, no con las celebridades de este mundo, sino con el Soberano del universo!...

La medida en que valoramos la invitación se ve en la manera en que respondemos a ella. Hay una cuádruple descripción de cómo deberíamos acicalarnos espiritualmente para entrar en la sala del trono...

1. Con corazón sincero. El pueblo de Israel se acercaba a Dios con su boca, y le honraba con sus labios, pero su corazón estaba lejos de Él (Mt. 15:8). Nuestro allegamiento debería ser con una sinceridad absoluta...

2. En plena certidumbre de fe. Nos acercamos con una absoluta confianza en las promesas de Dios y con la firme convicción de que tendremos una acogida de gracia en Su Presencia...

3. Con los corazones purificados de mala conciencia. Esto puede conseguirse sólo mediante el nuevo nacimiento. En el momento en que confiamos en Cristo, nos apropiamos del valor de Su

sangre. Hablando en sentido figurado, rociamos nuestros corazones con ella, como los israelitas rociaron sus puertas con la sangre del cordero de la pascua...

4. Y los cuerpos lavados con agua pura. De nuevo encontramos aquí lenguaje simbólico. Nuestros cuerpos representan nuestras vidas. El agua pura puede referirse bien a la palabra (Ef 5:25, 26), al Espíritu Santo (Jn. 7:37-39) o al Espíritu Santo empleando la palabra para limpiar nuestras vidas de la contaminación diaria. Somos purificados una vez por todas de la culpa del pecado mediante la muerte de Cristo, pero somos lavados una y otra vez de la contaminación del pecado por el Espíritu mediante la Palabra (véase Jn. 13:10)...

Así, podríamos resumir los cuatro requisitos para entrar en la presencia de Dios: sinceridad, certidumbre, salvación y santificación.(2)

Dice el versículo 23 en la NVI: «Mantengamos inamovible la profesión de nuestra esperanza, porque el que ha hecho la promesa es fiel». El griego dice, como en otros lugares, «confesión» donde las versiones leen «profesión». Se refiere, de todos modos, al testimonio que hemos de dar de nuestra fe, como en Romanos 10:9, 10; 1 Timoteo 6:13; 1 Pedro 3:15 y, en esta misma epístola, 3:1. Dice Trenchard: «El que se adentra para adorar, ha de salir luego para testificar de las maravillas que el Señor ha hecho con él». Puesto que la fidelidad del Señor en cumplir Su promesa es permanente, también debe ser permanente, más aún, sin oscilaciones (gr. akliné, que no se dobla, que no se inclina) la profesión de nuestra esperanza...

¿Qué motivos podían alegar estos creyentes hebreos para no asistir a las reuniones de la congregación? Dice S. Bartina: «Podía ser la desidia y negligencia que, como causa y como efecto, suele aliarse con una fe vacilante y enferma, cual era la de los lectores. Podía ser el egoísmo, aunque fuera con el pretexto de darse más a Dios. Podía ser la soberbia, que rehuye el trato con el pueblo (cf. 1 Co. 11:18-22; Stg. 2:2-6). Podía ser—y es lo más probable—el temor de las persecuciones que se acercaban en el horizonte»...

## **CONCLUSIÓN:**

Solo hay dos posibles consecuencias al conocer el Evangelio. Cuando una persona conoce la verdad del Evangelio, o lo cree o cae en apostasía. Hebreos 10:19-25 está hablando a los que creen, los que tienen una respuesta positiva a las afirmaciones de Jesucristo...

El escritor dice con mucha sencillez: "La puerta está abierta, el acceso para entrar a la presencia de Dios está disponible. Vengan y quédense en comunión con el pueblo de Dios y disfruten de la compañía divina para siempre".(3)

iS.D.G.!

## **BIBLIOGRAFÍA:**

- 1.- COMENTARIO BÍBLICO DE MATTHEW HENRY (Traducido y adaptado al castellano por FRANCISCO LACUEVA). Edit. Clie.
- 2.- COMENTARIO BÍBLICO. William Mac Donald. Edit. CLIE.
- 3.- EL COMENTARIO MACARTHUR NUEVO TESTAMENTO. Moody Press/ CHICAGO.